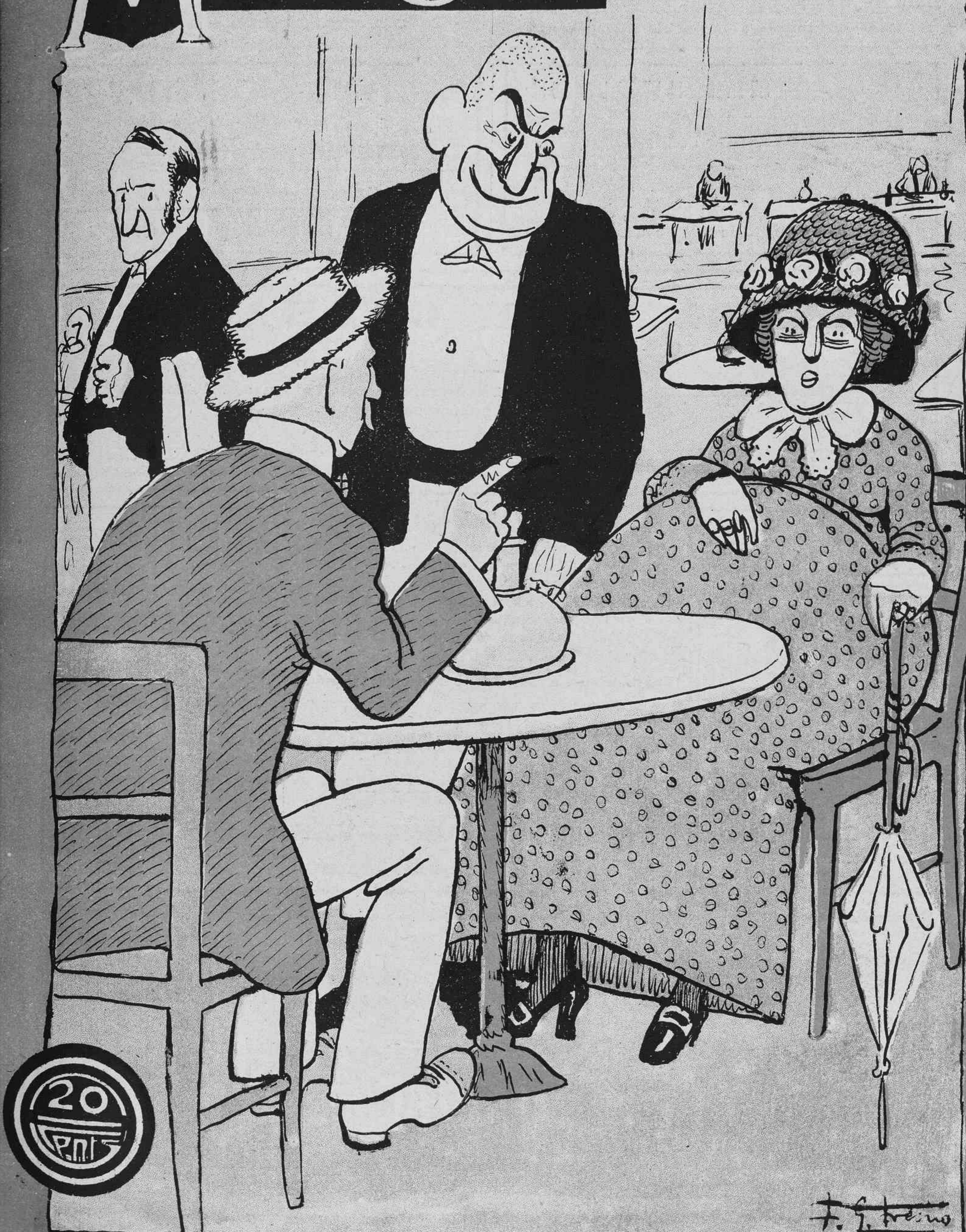


Madrid Cómico



-¿Qué va á ser?
 -Yo un grande de limón. La señora, un chico.

PERFUMERÍA

Casa bien surtida y única que prepara la tan famosa

Agua de Colonia concentrada

que se ve siempre en los tocadores elegantes.

ÁLVAREZ GÓMEZ

CALLE DE PELIGROS, NÚM. 1 DUPLICADO.—MADRID

ESLAVA, JOYERO

Compro y vendo alhajas antiguas y modernas,
perlas, esmeraldas, oro, plata y papeletas del Monte.

Montera, 40.—Madrid.



SIN RIVAL ES EL MUEBLE LEGÍTIMO DE
VIENA marca THONET

Reconocido universalmente como el más económico por su inmejorable calidad y excelente resultado. Véase antes de comprar mueble alguno el inmenso surtido que tienen en **Alcobas, Gabinetes, Salones, Despachos, Comedores, Sillerías.**

Plaza del Angel, 10
MADRID

Thonet Hermanos, de Viena.
Proveedor de la Real Casa.

HECHURAS DE TRAJES

con forros de primera.

DESDE 30 pesetas

Jacometrezo, 47, pral.

SASTRERÍA MODERNISTA

FÁBRICA DE CORBATAS

CAPELLANES, 12

Preciosidades en Camisas, Corbatas, Pañuelos, Guantes, Paraguas, Bolsillos,
Carteras, Bisutería y Géneros de punto.

40 POR CIENTO DE ECONOMÍA

:: :: :: :: :: ::

PRECIO FIJO

COMPañÍA COLONIAL

ESPECIALIDAD

EN CAFÉS

GRANO TOSTADO

PUERTO RICO ESCOGIDO

Grano tostado en cajas de 100
gramos a 60 céntimos.

CLASE NUEVA

4 pesetas kilo, 100 gramos 0,40

Cafés en verde
de procedencia legítima.

Manual del perfecto cómico

Tratado muy práctico para llegar a la inmortalidad.
Un elegante tomo con ilustraciones en colores interesantísimas, de ellas y ellos, 50 céntimos.

Pídase a los librerías bien surtidas, y cuando no se halle bajo el pretexto desacreditado de dar por agotado el libro, demándese a **Antonio Ros, librero, Jacometrezo, 80, 4.º derecha, Madrid.** (Casa fundada en 1896).

Suscripciones a todos los periódicos del mundo.

Bicicletas Peugeot

LAS MÁS SÓLIDAS Y LIGERAS

GONZALO R. PEÑALVER

Paseo de la Castellana, 6, duplicado.—MADRID

EL ESCUDO DE MADRID

Por 3 pesetas
caja de 3 cuellos y 3 pares de
puños de hilo en todas
formas.

Sólo en la
GRAN FÁBRICA
DE
CUELLOS Y PUÑOS
DE
Antonio González
38, MONTERA, 38
MADRID
TALLERES DE CAMISERÍA



Se publica
los martes
GRAN ÉXITO

JULIO
30
Sábado

Madrid Cómico

Oficinas: Preciados, 17, entresuelo.

SE PUBLICA LOS SÁBADOS

SUSCRIPCIÓN

En España.

Seis meses... 5 ptas.
Un año..... 10 »

Extranjero.

Un año..... 15 fr.

NÚMERO CORRIENTE

20 céntimos.

DE TODO UN POCO



ALA semana es ésta que hoy termina para el que tiene por necesidad que hacer una crónica amena, graciosa y movida sobre los sucesos de más palpitante actualidad. No pasa nada; no ocurre nada; ni un mal crimen pasional, ni una crisis, aquí donde son tan frecuentes, ni siquiera una cogida emocionante de alguno de los astros coletudos que causan la admiración de las gentes en las plazas, y que, si yo fuera Alcalde de Madrid, suprimiría de las calles por cuestión de ornato público.

En esta cuestión están más adelantados en Méjico que en España. Allá no se consiente que los toreros salgan á la calle *luciendo las formas*, ni se tolera que los curas se presenten en público con manteos.

Allá el torero *se ciñe* en la plaza, y el cura usa faldas en la iglesia. Cada uno se pone el uniforme que por clasificación le corresponde, sólo en el ejercicio de su sagrado ministerio, y nada más.

El uno, cuando tiene que luchar con los toros; el otro, cuando tiene que entenderse con los fieles.

Fuera de su obligación respectiva, nadie puede distinguir en la calle, al ver á un hombre afeitado, á un cómico de un cura, ni á un torero de un tiñoso. Y digo esto de tiñoso, porque hay quien no se afeita más que para disimular los claros que en la barba produce esta enfermedad.

De algún tiempo á esta parte, va decreciendo en España la afición á los toros, y Méjico se va convirtiendo en la verdadera tierra de promisión para los cultivadores de este oficio ó arte, como ellos afirman.

No hay que perder la esperanza de que, andando los años, todos los lidiadores estén en América, y empiecen á emigrar hacia allá también los clérigos.

¡Las cosas en España se están poniendo tan mal!

¿No sientes, lector, cierta satisfacción interior, sólo al pensar en la tranquilidad que se respiraría en España el día en que no se vieran por las calles más hombres que los que fueran vestidos de hombre?

¡Qué gran día ese para los que no somos aficionados á toros ni á curas! Es decir: ¡qué gran día ese para los quince ó veinte que en este país no tenemos afición á toros ni á curas!

Ese día no podría ocurrir el lamentable incidente del Pilar de Zaragoza. Una conocida tiple, un compositor que la acompa-

ñaba y dos amigos de ambos, han sido, como los mercaderes, arrojados del templo. Y no es lo peor que un cura haya conseguido hacer salir de la iglesia á una mujer en presencia y en unión de los tres hombres que la acompañaban, sino las cosas que, para defender á la tiple, se han dicho y se han escrito en el Congreso y en los periódicos.

Si la tiple y sus arrojados acompañantes, y claro es, que donde dice arrojados quiere decir expulsados, saben la defensa que se iba á hacer de ellos, á buen seguro que no dicen una palabra del lance á nadie, y devoran en silencio lo anormal de su situación.

Es una lástima que se hayan cerrado las Cortes tan pronto, porque no ha sido ésta la única cosa que allí ha producido la hilaridad de la concurrencia. Allí se han oído cosas de verdadero saliente cómico, y los habituales concurrentes á las sesiones han desechado el mal humor para todo el verano.

Nos ha salido en estas Cortes un D. Dalmacio, que lo menos cómico que tiene es el nombre. Siempre hemos creído que eso de la Defensa social era una cosa para tomarla en broma; pero no pudimos suponer nunca que con su más genuino representante nos íbamos á reir las tripas, como dicen los chulos, de una manera tan continuada.

Y eso que las cosas más graciosas las ha dicho este diputado fuera del Parlamento. ¿Qué creerán ustedes que ha dicho en un mitin celebrado en Gerona?

Que sabe *por experiencia* que en España hay más casas de prostitución que conventos de monjas.

Su dinero le habrá costado adquirir esta experiencia.

¿A que resulta ahora que este hombre, que ha provocado la risa de sus oyentes en el Parlamento defendiendo las ideas religiosas y la pureza de las costumbres, es un punto filipino?

¡Si le digo á usted que se lleva uno cada chasco con estos clericales!

Bueno, pues en vista de que no hay asuntos llamativos que puedan ser objeto de esta crónica, volveremos la vista á los asuntos serios y haremos cuatro ligeras consideraciones sobre el movimiento de tropas que se observa de poco tiempo á esta parte y de los anuncios de próximos acontecimientos en Ceuta.

Y al llegar aquí, noto que no dispongo de más espacio en el periódico.

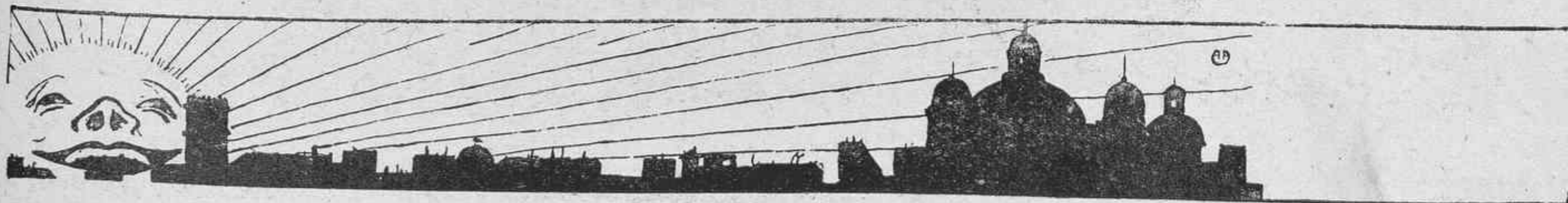
¡Qué le hemos de hacer!

Lo dejaremos para otro día, aunque yo sienta mucho dejarme este asunto en el tintero.

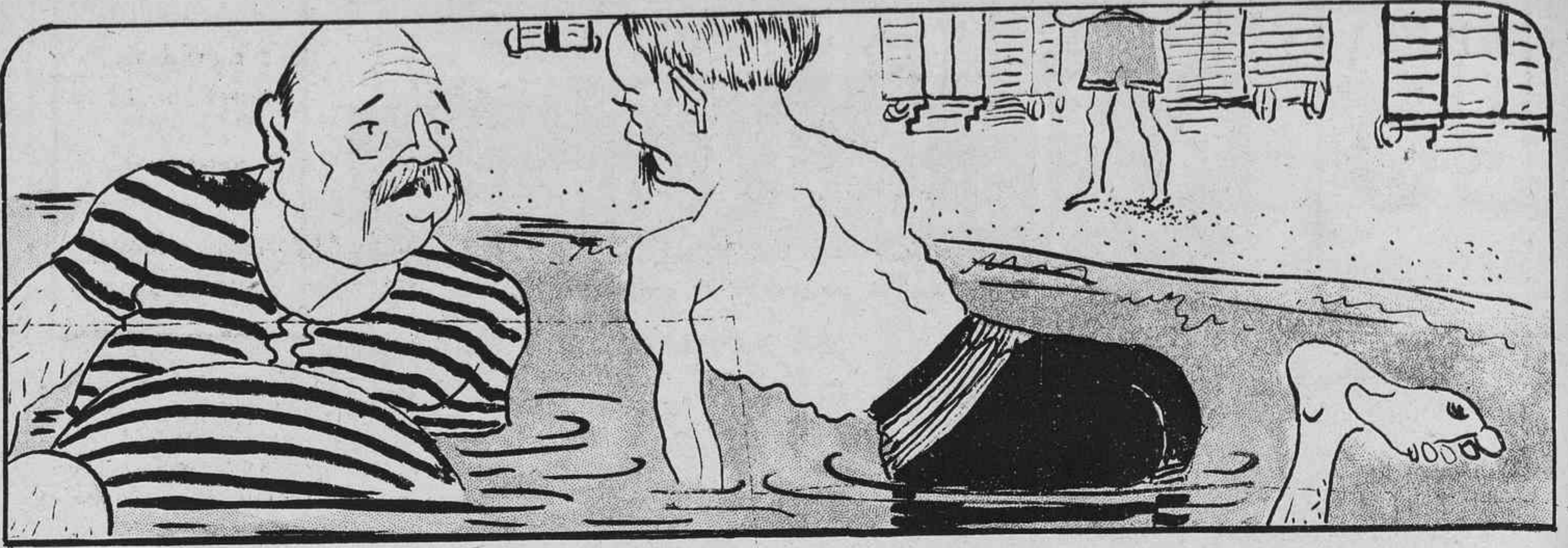
¡Con las cosas que se podrían decir en serio de este asunto si la planas de este semanario tuvieran doble tamaño!

Otra vez será.

Antonio LÓPEZ MONÍS



COSAS DEL TIEMPO, por Almoguera



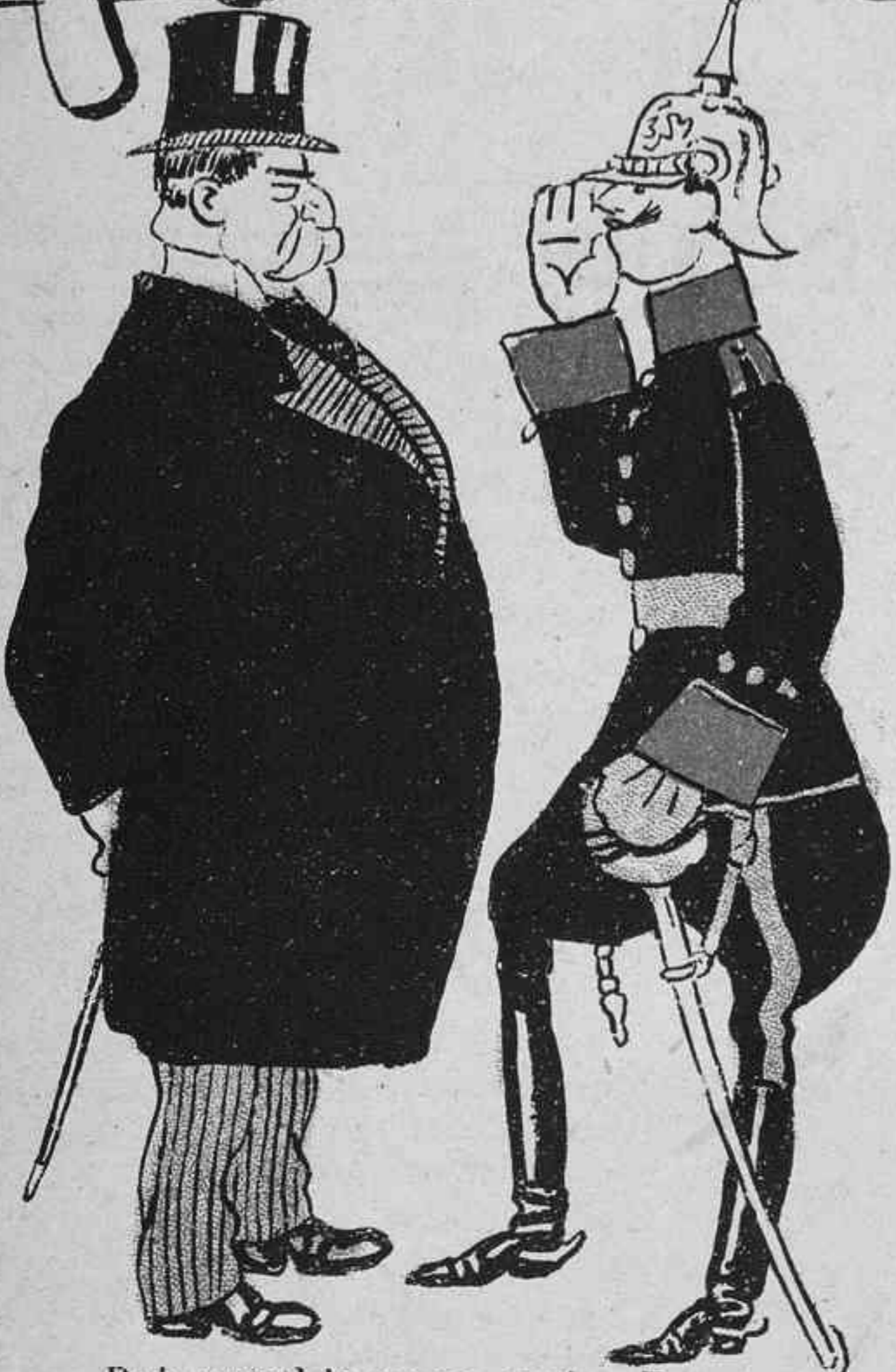
— Don Saturio, ¿cómo tan solo este año?
— No le extrañe á usted. Mi mujer dice que esta playa es de viejos, y la he mandado á San Sebastián con su primo.



— Supongo, mamá, que mañana principiaremos á tomar los baños.
— ¡Qué disparate! Sin habernos lavado el cuerpo.

Almoguera

MISCELÁNEA por Márquez



—Baje usted la mano, amigo Ramírez.
 —No me lo agradezca usted, mi general.
 Si la he levantado para que no me vea cierto
 marido que acaba de pasar.



—«Aquí disfrutamos de una temperatura deliciosa. Ya me figuro cómo
 estaréis vosotras, sudando la gota gorda y derriéndose hasta los helados.»



—Bueno, señora; ó pasa usted ó paso yo, por-
 que los dos no cabemos en este mundo con nues-
 tros respectivos aeroplanos.



—¿Quiere usted darse una vueltecita conmigo?
 —¡Ay! No, señor; porque si nos ve su señora nos va a poner
 de vuelta y media.



—¡Ay, Enrique! Qué ganas tengo de que
 llegue la noche para que descansemos.
 —Pues yo, Purita, para todo lo contrario.



¡AQUI, Y EN VALLADOLID!

Al amigo Tolosa, en el MADRID CÓMICO.

Aunque ausente de Madrid
á colaborar me obligo,
porque yo soy un amigo,
aquí, y en Valladolid.

Ascendí, burla burlando,
á Capitán general,
y tengo en esta Central
seis provincias á mi mando.

Si oyen las órdenes mías
las empresas teatrales,
en esas seis capitales
no se harán más que obras mías.

Como consiga arreglarme
con empresarios y actores,
los pobrecitos autores
van á tener que matarme.

En Palencia y Peñafiel,
en Burgos y en Salamanca,
Granujas, Gatita blanca
y La Fresa... ¡El gran cartel!

Respecto á sus instrucciones,
dada aquí mi simpatía,
en viendo la firma mía
lloverán las suscripciones.

En todo Valladolid
asombrados se dirán:
«¿Este es el Jackson Veyán
que ha llegado de Madrid?»

«¿Es ese autor de afamada
inspiración peregrina,

de la barba blanquecina
y la nariz colorada...?»

«¿Es ese que en un momento
se escribe una obra completa?...
¡Qué autorazo...! ¡Qué poeta...!
¡¡Qué bárbaro...!! ¡¡Qué talento!!»

Por mi humorismo infinito,
por mi ingenio extraordinario,
se venderá el semanario
lo mismo que pan bendito.

Yo á cien golfos pagaré
que anden siempre pregonando
mi nombre y siempre esperando
que yo pase, y les diré

que al verme, el clamor no cese,
gritando á todo pulmón...
«¡Ahí va Jackson...! ¡El campeón
del MADRID CÓMICO...! ¡¡A ese!!»

Hay pedidos á millares
y á todos nos interesa,
que mande aquí una remesa
de treinta mil ejemplares.

Nadie sospecha en Madrid
el negocio que va á hacerse;
si quiere usted convencerse,
véngase á Valladolid.

Véngase sin dilación,
y para el recibimiento
colgaré el Ayuntamiento;
tenderé la guarnición.

Dispondré en su beneficio
una función teatral,
y asistirá el personal
que esté franco de servicio.

Aunque de modestia peço
de orgullo engordando estoy.
¿Yo estaba hueco?... ¡Pues hoy
todavía estoy más hueco!

¡En qué buena hora escogi
este Centro!... ¡Tal me encuentro
que hasta que estuve en mi Centro
estuve fuera de mí!

La vida aquí es deliciosa;
¡qué paseos!... ¡Qué arbolados!...
¡Qué pinares tan poblados,
y qué ciudad tan hermosa!

¡La más hermosa que vi!...
¡Qué Campo-grande!... ¡Qué río!...
¡Y qué mujeres, Dios mío!...
¡Todas pirradas por mí!

Se lo aconseja un amigo.
Hágame usted la merced,
Tolosa, véngase usted
á pasar un mes conmigo.

Véngase usted de Madrid
y será bien rara cosa
ver en Castilla á Tolosa.
¡Tolosa, en Valladolid!

José JACKSON VEYAN

25 Julio 1910.

DESDE EL BALNEARIO DE URBARRIETA



BSERVO que me he levantado de la cama con más
facilidad y más temprano que en Madrid. Efecti-
vamente; miro el reloj: las once.

He tocado el timbre, y ha aparecido sonriente
María, una linda doncella, á la que también he tocado ligeramen-
te. —¡Qué bromas gasta el señorito! —ha dicho la muchachita
entre enojada y agradecida.

María no es una belleza; hay óvalos mejores; pero tienen sus
ojos cierta gachona picardía, y sus andares son garbosos y suel-
tos; da gusto verla deslizarse sobre los encerados pisos del bal-
neario, casi tocando el suelo, como en un bajo volar de gaviota.

Ella me trae el agua y se queda esperando en el quicio de la
puerta, ligeramente apoyada. —¿Algo más? —me dice con dulce
invitación.

Pero en aquel crítico é inoportuno momento pasa un señor
grueso, comerciante en granos, de Sanchidrián, que hace cator-
ce temporadas viene á Urbarrieta, no por la virtud de las aguas,
sino por la de una camarera, y yo disimulo nuestra perplejidad
fingiendo un acceso de tos. Después me he vestido y he bajado á
la galería. Los agüistas, con fe admirable, iban y venían del sa-
loncito de vaporizaciones; de la fuente sale un olor nauseabun-
do, de huevos podridos. El doctor me tiende la mano y me pide
uno de cuarenta. ¡Qué tipo más curioso! ¡Nunca compra tabaco!

—¿Quiere usted ser de la partida? —pregunta.

—¿De qué partida, mi noble amigo?

—Usted diga si ó no, nada más.

—Bien, si; pero, ¿de qué se trata?

—¡Ah, ese es mi secreto!

Y comienzan á saltar alegres por el jardín unas cuantas mu-
chachas vestidas de blanco.

—Buena caza de mariposas, ¿eh? —dice el doctor guiñando un
ojo para darle mayor intención á sus palabras.

Y yo requiero mi monóculo, y veo con grata complacencia
cómo triscan y retozan las alegres jóvenes.

Se acercan á nosotros; á mi me ojean con alguna impertinen-
te curiosidad; debo ser de su agrado, porque cuchichean aparte,
y nuevamente me examinan, haciendo muy coquetones gestos;
el doctor me pide otro pitillo, y —Cuando usted quiera —dice.

Y nos ponemos en marcha. A la puerta nos esperan varios
agüistas y algunos burros preparados con jamugas para las mu-
chachas. —Bien; pero, ¿dónde vamos? —pregunto yo.

—Vamos á la fuente del Ciruelo —me responden. —Un pa-
seito.

Y me toca al lado del comerciante en granos, que de buenas
á primeras, sin duda para entablar confianza, me llama *punto*,
y me suelta dos formidables puñetazos en el hombro.

Llegamos á la fuente aspeados, con un sol aplanante.

—¡Ah, qué estupendo panorama! —dicen los admiradores in-
condicionales de Urbarrieta, y yo me esfuerzo por hallar la ra-
zón del elogio. No veo absolutamente nada digno de admiración,
como no sea la alegría de las muchachas que, con el pelo des-
trenzado y encendidos los rostros, corren por los campos como
potrillos en libertad.

Horas antes de almorzar vuelve la alegre caravana, y aun-
que el calor cae á plomo, no falta quien, engañándose, dice:
—¡Oh, qué calor tendrán á estas horas por aquel Madrid! —Y el



de Sanchidrián se enjuga la cabeza con el delantal de una de las camareras.

Entramos en el hotel. Y Maria se sonríe al ver lo ajetreado que vengo, y desaparece canturreando por la galería.

Se me olvidó decir que en el hotel cada habitación tiene su número correspondiente, para evitar confusiones entre los viajeros, y hay una camarera para cada cinco huéspedes.

En el salón de lectura se encuentran todos los periódicos que se dejan olvidados los viajeros.

En el de recreo, muy espacioso y bien orientado, pues da á dos patios lo suficientemente desahogados para que puedan asomarse dos personas de una parte y otra sin tropezarse, hay un pequeño escenario para monólogos exclusivamente, por lo reducido de sus dimensiones; una mesa para billar y otra para tute ó siete y media. Los juegos de envite están prohibidos, por la poca resistencia que ofrecen las mesas.

Artísticas panoplias decoran las paredes, y elegantes receptáculos de barro contienen riquísima agua, para los que gusten de su frescura.

Anoche se bailó un precioso cotillón con lindas figuritas que por la mañana trajo el ordinario de Carrascales.

Después, la hermosa y plástica viuda de Fombónez — de humildísimo origen, pues su padre fué cantinero con los carlistas, y hoy es la mejor fortuna de la Rioja alta — cantó, con buen gusto y muy aceptable voz, dado lo que aquí escasea esto, dos preciosas romanzas de Tosti: ¡*T'amo piú!* y ¡*Per ché mamma piú!*, y á petición del comerciante en granos, el garrotín de *La Corte de Faraón* y el dúo de *La viuda alegre* con el *maitre d'hotel*. La señora de Fombónez, que se desvive por dar gusto á todo el mundo, también se lo dió al de Sanchidrián, cantando de propina unos cuplés de la *Chelito*.

Se va el correo y cierro esta crónica. La correspondencia para Madrid se hace con alguna dificultad, no por el mal estado de la línea, sino del peatón que lleva las cartas, que padece un reuma muy agudo, contra el que nada pueden las virtudes de estas aguas, indicadas para el reumatismo precisamente.

Luis GABALDÓN

EQUIVOCACION LAMENTABLE



PERO, Dios mío! ¿Qué gusto sacarán algunas personas en exhibir sus nombres en los periódicos?

Ahora, con esto del veraneo, leemos todos los días noticias del tenor siguiente:

«Ha salido para El Molar el distinguido y consecuente oficial cuarto del Ministerio de la Gobernación, D. Anacleto Expedientillo, acompañado de su simpática y gentil señora.»

Bueno, ¿y qué? ¿Qué nos interesa, y á quiénes puede importar esta noticia? A D. Anacleto y á su *gentil* esposa exclusivamente.

Cuanto á nosotros, nos tiene sin cuidado que se vaya ó que se quede aquí.

Y, sin embargo, hay algunos tan sumamente inocentes, que creen de buena fe que el país se preocupa de su viaje, y que el mismo Canalejas lee la noticia y dice asombrado:

—¡Hombre! ¡Cuánto me alegro!

—¿Qué pasa? — le pregunta el Sr. Merino.

—¿Sabe usted quién está veraneando en El Molar?

—¿Quién?

—Expedientillo.

—No le conozco.

—Ni yo; pero me alegro muchísimo.

Conozco á un tal López que se pasa la vida buscando la manera de que le citen los diarios con cualquier motivo y, en cuanto tiene ocasión, dice á los periodistas:

—¿Quiere usted una noticia para su periódico?

—Venga — contesta el periodista.

—Pues que á mi hijo lo tenemos que criar con biberón, porque al ama que lo amamantaba se le cayó encima el aparador, y del susto se le ha retirado el jugo lácteo.

—¿Y qué?

—Nada; se lo digo por si quiere publicarlo en su diario.

Nunca falta un reporter amigo que inserta la noticia, y el interesado sale á la calle lleno de júbilo, y su mayor felicidad consiste en que le pregunten los conocidos:

—Pero, ¿qué le pasa á su hijo, amigo López?

—¿A cuál? — contesta López afectando desconocer el origen de la pregunta.

—Al más chiquitín. ¿No ha leído usted *El Congrio Conservador* de anoche? Pues dice que tiene usted un niño sometido al biberón por...

—¡Pero, señor! — interrumpe López. — ¡Estos periódicos no le dejan vivir á uno! ¡Ni aun puede estar mi hijo malito sin que lo sepa toda España!

Yo conocía á un señor, con el cual no tenía confianza, que me convidó á comer con gran empeño, y sin que pudiera explicarme la razón de aquel convite.

—A usted le sorprenderá mi invitación — me dijo — ; pero me he enterado que está usted en *El Imparcial*, y como soy amante de la Prensa, quiero celebrar los días de mi esposa, porque este es el primer año que pasa fuera del lecho. Todos los años, en este

mes, se le reproducía un bulto en la espalda de la forma de un sombrero de teja, que la impedía ponerse derecha; pero afortunadamente, por ahora no se le ha presentado y, para celebrarlo, doy una comida á mis íntimos, y tendría muchísimo gusto en que usted asistiera.

Tuve que aceptar el convite y, poniéndome el mejor terno que tengo, acudí á la invitación.

En la mesa éramos unas quince personas y cinco niños. A mí me tocó uno á la derecha, que se limpiaba los deditos en mis rodillas, y acabó por meterme en el bolsillo de la americana una cuchara llena de sopa de ajos.

Cuando llegaron los postres hubo sus correspondientes brindis, y el primero que se levantó fué un relojero.

El dueño de la casa vino á decirme al oído:

—Fijese usted en lo que diga ese hombre. Es un gran orador y un relojero muy arreglado. Se lo recomiendo á usted.

Efectivamente. El relojero habló en tono oratorio de la señora de la casa, y de la marca Longines como la mejor en relojes extraplanos de bolsillo.

Después leyó unos versos una señorita, dedicados al bulto de la anfitriona y, por último, levantóse el dueño y brindó en estilo humorístico, con gran alegría de los comensales, que exclamaban entusiasmados:

—¡Es mucho D. Ramón! ¡Qué cosas se le ocurren! ¡Bravo! ¡Bravo!

El correspondía á estas manifestaciones, y empezó á imitar á D. Dalmacio Iglesias y á decir chistes tan sumamente subidos, que nos hizo poner colorados.

Cuando terminó la comida salí de aquella casa como alma que lleva el diablo; pero D. Ramón, que me seguía, me detuvo y, entregándome un habano, me dijo á media voz:

—Tengo que pedirle á usted un favor. No haga usted alusión en el periódico á la parte de mi brindis en que hable de D. Dalmacio, porque yo también pertenezco á la Cruz Roja, y no quisiera que se enteraran que ponía en ridículo á un compañero.

—No, señor; no haré mención de eso ni de nada.

—¡Ah! Pero, ¿no va usted á poner un suelto en *El Imparcial*?

—No, señor; no puedo...

—¿Por qué? ¿No escribe usted artículos?

—Sí, señor; tengo ese desahogo.

—Entonces, siendo redactor de *El Imparcial*, podrá usted poner lo que se le antoje.

—Está usted en un error.

D. Ramón me miró de pies á cabeza, me quitó el puro que me disponía á fumar, y me dijo despreciativamente:

—Si lo llevo yo á saber, cualquier día le siento á usted á mi mesa, ¡so tipo!

Y sin consideraciones de ninguna clase, me dió con la puerta en las narices...

Emilio TABOADA

ACTUALIDADES, por Cyrano



— Chico, soy un fenómeno. En Tetuán, seis toros, seis estocadas.

— Si, ya sé que le arreaste seis estocadas al primero y que te echaron al corral los cinco restantes,

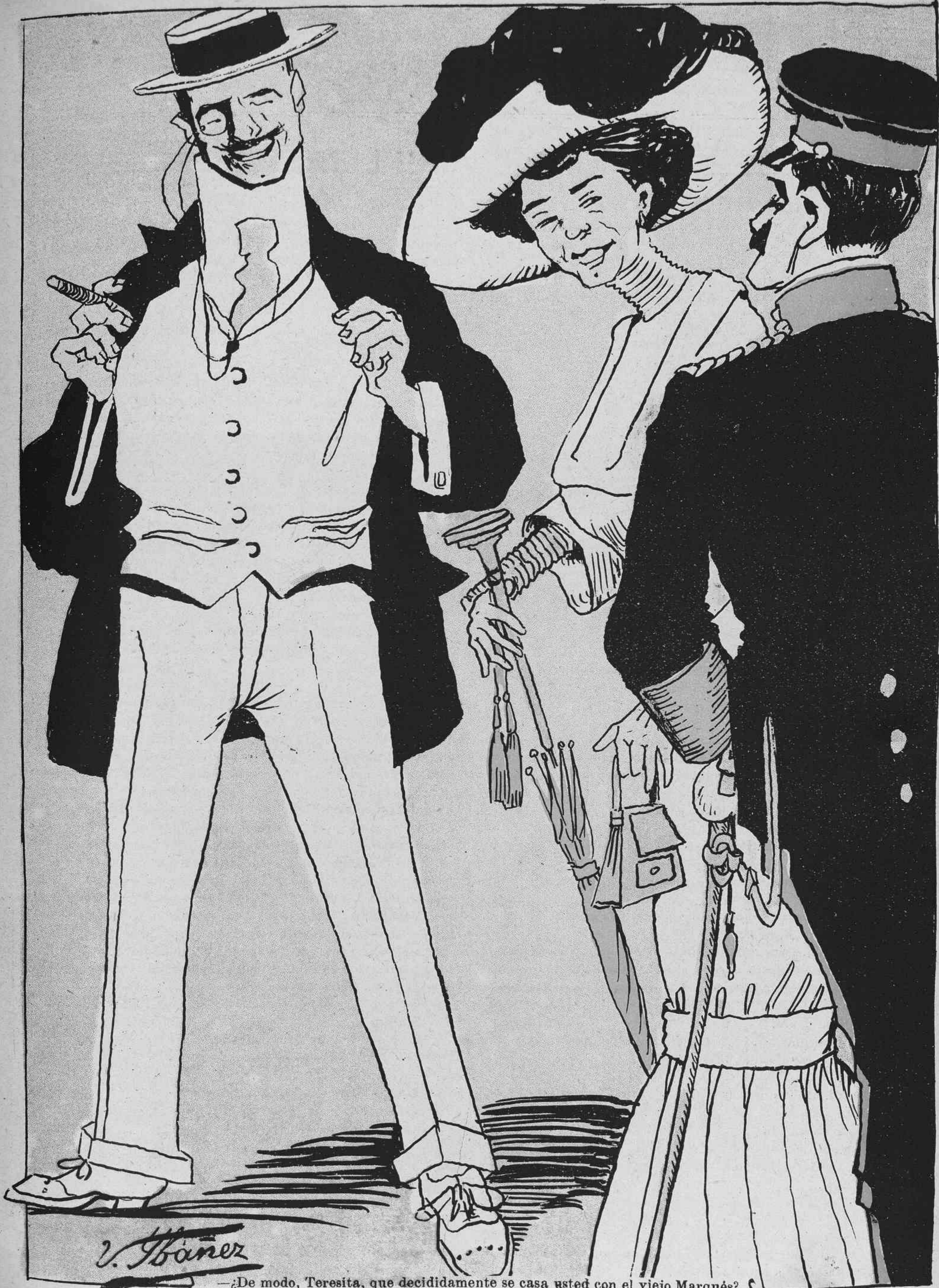


— Esto de la Política se va poniendo feo. Va á ser cosa de afiliarse á la «Joven España».

— No sé si me ha recomendado el médico los baños de la Toja ó de la tinaja. En la duda, elijo lo más económico.

Cyrano.

CUESTIÓN FINANCIERA, por Ibáñez



Ibáñez

—¿De modo, Teresita, que decididamente se casa usted con el viejo Marqués?
—El se casa conmigo. Yo me caso con su dinero.



AMOR AL AIRE LIBRE

(La calle está inundada de luz primaveral. Una señora guapa, airosa, bien vestida, camina lentamente, recogida con garbo la falda. Un caballero joven, bien plantado y mejor vestido, la sigue.)

—¿Señora, me permite usted que le acompañe? (la señora calla). Quien calla otorga. Ahora me permitirá que la diga...

—Caballero, le ruego que no insista.

—¿En qué? ¡Si no he dicho nada!

—En lo que sea.

—Perdone, pero he de insistir en decirle que es usted hermosísima; esto no puede desagradarla.

—Bien, gracias.

—Me permitirá que la siga.

—Soy casada, caballero.

—No importa, yo no he de decirle nada a su marido.

—¿Y qué le iba usted a decir?

—Pues esto, que me gusta usted extraordinariamente, que es usted bellísima y elegantísima. Crea usted que no le disgustaría oír alabar una cosa que le pertenece.

—Le mataría.

—¡Caramba! ¿Es celoso?

—Como un juez.

—¡Bah! Es raro ser celoso en estos tiempos de libertad y democracia.

—¿Qué quiere usted? Es conservador.

—Pero... señora... yo no veo la necesidad de que su marido se tome un disgusto. Dejémosle con sus ideas monopolizadoras.

—Bien, dejémosle; y déjeme a mí también.

—Imposible.

—¿Qué dice usted?

—Digo que es imposible ver a usted tan divinamente bella y dejarla sin hacerlo constar. Se destaca usted tanto entre estas señoras obesas y cursis... Es la ventaja de ser hermosa.

—¡Ventaja! Renuncio desde luego a ella.

—¿Quiere usted pasar desapercibida?

—Se dice inadvertida.

—No sabía nada... Pero oiga usted, ¿es usted doña Emilia?

—No.

—Es que si es usted literata, me voy.

—Adiós.

—No comprendo a una mujer linda y sabia.

—Ni soy linda, ni sabia.

—¡Alto ahí! De gramática no sé ni una palabra, a Dios gracias, pero tengo gusto para conocer a las mujeres de mérito, para decirles cosas agradables, para quererlas apasionadamente, brutalmente.

—¡Brutalmente!

—Sí, brutalmente. Para eso del mujerío—digo—soy Maura, Menéndez Pelayo, Cajal y Capella...

—¡Capella!

—Quiero decir que pongo en mis amores elocuencia, pasión, sabiduría y sicalipsis.

—¡Qué barbaridad!

—Toda mi alma, y toda mi voluntad, y toda mi experiencia, las pongo al servicio de mis amores.

—Plural.

—Sí, no tendrá usted la loca pretensión de creer que soy incólume.

—No, yo no creo nada.

—Los apasionados como yo aman mucho, y ese es nuestro castigo, amar siempre, y amar es sufrir.

—¡Qué lástima de hombre!

—Me agrada que me compadezca. La compasión es un sentimiento femenino que cae muy bien a las mujeres. Si me compadece, es que se interesa por mí.

—No tanto, no se haga ilusiones.

—No me hago nada, son disertaciones psicológicas sobre la mujer.

—Pues hasta ahora, no ha dicho usted nada de particular.

—Es posible, pero es porque estamos en la calle, y además, no me gusta perder el tiempo hablando. Póngame usted en un gabinete lujosamente amueblado, con puertas laterales y al fondo, póngase usted a mi vera, póngase usted... como se ponga, y ya verá usted lo que es cosa rica.

—Me conformo con poco.

—¿Con su marido?

—Con mi marido, y le aseguro que es bastante.

—Claro, y le sobraré, porque aun suponiendo que sea una monada, un marido acaba por cansar. La vida en común, diaria, con abominables intimidades, el marido en calzoncillos, el amor metodizado, sin apasionamientos...

—La vida es así, ¿qué quiere usted?

—Que... promiscúe.

—Es usted atroz.

—Soy enamorado y usted inconvencible.

—Me está usted comprometiendo.

—Y usted a mí.

—¿A usted?

—Sí, a mí. Ya no tengo voluntad para separarme de usted; no sé lo que digo, ni lo que hago. De lejos me pareció usted hermosa, de cerca y al detalle, es usted irresistible. Todo bonito: los ojos, la nariz, la boca, los dientes, el pelo, las orejitas, la manera de andar, la charla graciosa, el perfume que exhala, su armoniosa... (La señora escucha este florilegio galante, y hace un gesto para hablar.) No me interrumpa—dice el joven—que no he terminado y voy a perder el hilo. (La señora calla y sonríe, él observa.) Porque a más de sus encantos físicos, hay en usted otra cosa más atractiva, más dominadora, más bella: la gracia divina que le rodea, su aire garboso, la suprema distinción de su figura esbelta. ¿Cómo quiere usted que un hombre joven, vehemente, canalejista, apasionado, vea todos esos encantos y permanezca insensible en primavera? Usted no sabe cómo me pongo en primavera. Tengo la seguridad de que su marido verá todas sus perfecciones, con la mayor indiferencia, para él, como si fuera usted Romanones.

—Deje usted a mi marido.

—Ya le dejo.

—El pobre fué muy desgraciado.

—¡Fué! ¿Ha dicho usted fué?

—Sí.

—Luego ¿le abandonó?

—Para siempre.

—¡Caray, que me alegro!

—Un poco de compasión. Murió.

—¡Murió! ¿Luego es usted viuda?

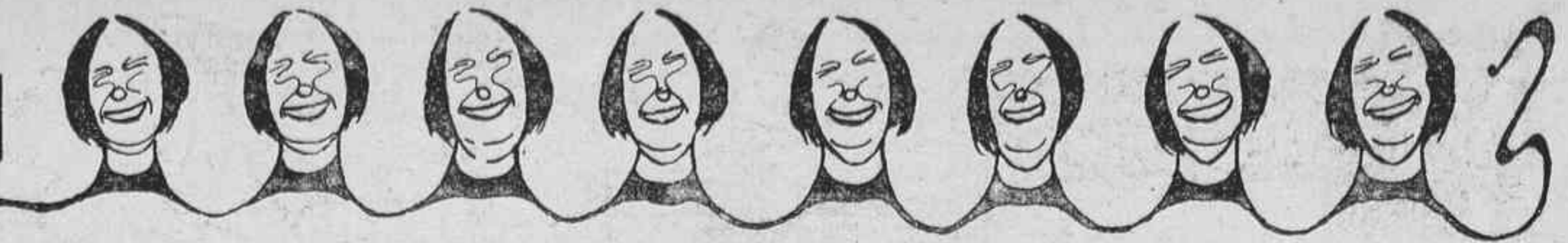
—Naturalmente.

—¡Caray, que me alegro!

—¡Por Dios, hombre!

—Perdone; ciertamente fué muy oportuno su marido, y tan bueno, tan callado, tan prudente, tan grueso...

—¿Cómo lo sabe...?



—Los maridos son siempre así. Los pobres no pueden ser de otra manera.

—¿Pero usted no piensa casarse?

—No, señora.

—Entonces, si todos pensaran como usted, la humanidad acabaría.

—No, señora. (*La señora sonríe, él se acerca insinuante y le dice*): El amor es el alma del mundo.

—Eso lo dijo... Goethe.

—¿Sí? Pues le felicito por haber coincidido conmigo, yo no se lo oí.

—Ese poeta murió hace años.

—¿También murió? ¡Vaya por Dios, pobre muchacho! .. Pero nosotros vivimos y amamos la vida. Yo la quiero con locura, y usted me quiere un poquito, ¿no es verdad? No es presunción, es que el amor se impone, ¿no es cierto?

—Sí.

Han llegado a la Moncloa. El hermoso parque está lujuriente de flores, aromas y verde que excita el apetito. Por los paseos, bajo la sombra de los pinos, se pierden parejas amorosas. La tarde declina, el sol se pone rojo. Ella y él avanzan lentamente, no hablan, se han mirado largamente y han enlazado sus brazos.

—¿Cómo te llamas?—dice él.

—Soledad, ¿y tú?

—Paco. Es decir, llamarme, me llamo Francisco, pero me llaman Paco.

—Tonto.

Lo que pasó después no me atrevo a relatarlo.

Las desenfadadas plumas de Trigo, Insúa y demás compañeros mártires, nos refocilarían con descripciones sugestivas. Yo no sé, y sólo digo que se amaron mucho y bien.

Vicente PÉREZ-PASCUAL.

MI VERANEO

Lector; yo no veraneo,
pues en Madrid me recreo
más que en un puerto cualquiera.
¿Cómo? Pues á mi manera,
que es la mejor, según creo.

En Madrid vivo encantado
sin temor al atentado
de un anarquista salvaje.
¡Gracias á Dios, no he llegado
todavía á personaje!

Yo no enfadarme procuro,
amo al vuelo, muy de prisa;
y aunque pase algún apuro
por Mercedes ó por Luisa...
nunca me voy del seguro.

Con mi novia he regañado
por su genio endemoniado,
insufrible y pedantesco
y, no obstante, me he quedado
tan impasible y... *tan fresco*.

Mas como es puro mi amor
y es injusta su querella,
en invierno, á mi sabor,
reanudaré con calor
mis relaciones con ella.

Un médico-cirujano
muy corrido, astuto y viejo,
me dió este consejo sano:
«¡No ames nunca en el verano!»,
y yo sigo su consejo.

El amor es una llama,
lectores, abrasadora,
que calienta á aquél que ama,
y con el calor de ahora
sobra... el calor de la dama.

Voy por la noche al Retiro,
y allí á mis anchas respiro
aquel aire delicioso,
y observo, escudriño y miro
á *Villita* hecho un coloso.

Y á las niñas casaderas
que allí novio van buscando,
pálidas y con ojeras,
y me divierto de veras
alli *pele-culeando*.

Lo cual que con estas cosas
tan cómicas del amor,
tomo notas deliciosas,
y como aprieta el calor
me baño... en agua de rosas.

Yo, lectores, soy sincero:
no me marchó á Santander,
ni á Deva, ni al Extranjero,
porque no puedo vencer
mi carencia de dinero.

En vano exhalo mis quejas
y en balde quemó mis cejas;
no tiene alivio este mal;
¡la culpa es de Canalejas,
furioso anticlerical!

José ALARCÓN Y ORTUÑO

MIS CANTARES

Tienes ganas de mojarte:
ves que está el cielo nublado
y quieres irte á la calle.

Estamos haciendo el tonto,
á mi me gustan tus besos...
y á ti te gustan mis ojos...

Besaba tu boca
buscando tu alma;
¡y tú sólo besabas mis labios
porque te gustaban!

Esto sí que es gran trabajo,

me dan un puchero *roto*
y quieren que haga un guisado.

¡Á cuarto van las peras!
van pregonando...
¡Nunca falta quien ponga
peras á cuarto!

¿Que no te quiero bastante?
Ojalá no te quisiera
para poder despreciarte.

Nunca, cuando tengo sed,
pregunto de dónde viene
el agua-que he de beber.

Nos hizo Dios la boca
pa alimentarnos,
unas veces comiendo
y otras besando.
¡Viva la prosa,
que se vive sin besos...
mas no sin sopas!

Estoy rabiando de sed;
¡y está sequita la fuente
en que solía beber!

Gloria DE LA PRADA

SEÑAS MORTALES, por Montagud



—Buen hombre, deme usted un par de zapatos para mi hija.
—¿Qué número gasta?
—A ciencia cierta no lo sé. Pero se llama Magdalena.

UN PARECER, por Blas



- ¿Sabes lo que estoy pensando?
— ¿Qué?
— Pues *na*: que con esa falda, si viene un toro va á tener que hacer la señora de Don Tancred.



CASO CORRIENTE

—¡Adiós, Medardo!
 —¡Hola, chico!
 ¿Dónde es el fuego?
 —En el Rastro.
 —¿Llevas *toa* la gasolina?
 ¡No eres tú nadie trotando!
 —Es que la cosa me corre la mar de prisa.
 —Ya caigo.
 ¿Es custión del Himeneo?
 —¿Menda Menco? ¡Pa el gato!
 —¡Concho! ¿Qué concezto es ese que han emitido tus labios?
 ¿Es verídico?
 —¡La pura!
 —¡Me dejas anonadado!
 —Pues no te anonades, chico, que la cosa no es pa tanto.
 —¿No estabas, como quien dice, á cuatro dedos del tálamo?
 —Si que lo estuve algún tiempo, pero aquéllo ya ha pasao.
 —¡Recometa! ¿Qué me dices?
 ¿Hubo rompimiento?
 —¡Claro!
 —No salgo del anonaden.
 ¿Qué pasó?
 —Voy á contártelo.
 Ya sabes tú de qué modo

estaba yo por la Patro.
 —Más colao que los cafeses que expende el insigne *Manco* de Embajadores.
 —¡Chipendi!
 Pus bueno. Pedí su mano pa hacer lo que toos los hombres suelen hacer á diario: darla mi nombre, y la cuarta parte del jornal que gano. Una vez que me la dieron, principié á andar toos los pasos que la Iglesia nos exige, pa no demorar el acto; y al amonestarme el cura por primera vez, Medardo, yo, que ya sabéis que pienso las cosas mucho y despacio, pus fui y me di al reflexionen y me dije: — Lo que hago no debe ser cosa buena cuando por llevarla á cabo tien que amonestarle á uno; y como á menda lo malo nunca le cogió en el cuerpo, pus ¡velay! que vino el pánico y acabé haciéndome súbdito de la Suecia.
 —Eres un ganso,

Niceto, con tu permiso.
 —Lo tienes; pero el relato no acaba ahí.
 —¡Acabaca!
 —Verás; al cabo de un año de separación forzosa, por mor al escandalazo que iba armarme la familia asi que me echara el gancho, traté de enmendar mi falta como cumple á un hombre honrao. Hice las indagaciones que eran de cajón, y cuando ya estaba otra vez á punto de que me echaran el lazo conyugal, fué y me abrió el ojo uno que estaba empapao de too lo de Patrocinio, y el hombre me puso al tanto con sus pelos y señales de toa la vida y milagros de la que iba á ser mi media naranja, que por los datos, resultó que era tan solo una raja en mal estao. Na, que me tiré con ella la plancha padre, Medardo.
 —No te choque. Hoy se la tira cualquiera. Es corriente el caso.

Adolfo SÁNCHEZ CARRÉRE



CONVERSACIONES TEATRALES

—Cuénteme, cuénteme usted. ¿Qué se dice por ahí de la temporada próxima? ¡Si viera usted lo que me gusta saber esas noticias que se dicen misteriosamente al oído! Atrévase usted. Soy reservado.
 —¿No nos oye nadie?
 —Nadie. Ni la cigüeña de Saint-Aubin, que en paz descansa. Además, fijese usted que estamos en Novedades, como quien dice en el Desierto, porque no hay un alma sicalíptica que se acerque á estos contornos desde que el género chico levantó el vuelo y las atracciones venidas á menos lo invadieron. Aquel *pálpala* de feliz memoria, que dió la vuelta á la plaza de la Cebada y proporcionó más de un disgusto á los buenos horteras de la calle de Toledo cuando despachaban... y se despachaban con la parroquia femenina, ¿cuándo volverá á regocijarnos? Y como dice suspirando el empresario del popular teatro: «¡quién palpara otra pieza como aquélla, de trescientas representaciones sin el aniquilante *tifus!*»
 —Tras de *palparla* andan todos los empresarios con teatro abierto. Eso es sabido. No una sola, cuatro de un envite quiere palpar Chicote para el antiguo Capellanes de su digna dirección.
 —¡Qué atrocidad! Chicote es un ansioso.

—Allá él y allá Loreto Prado, que se lo reparte todo con Chicote. No lo divulgue usted, pero la cosa va de veras. No se sabe si por miedo ó porque piensa que son dos autorazos, ello es que Chicote ha confiado á Jackson Veyán y á López Silva el encargo de escribir una zarzuela en cuatro actos, que habrá de estrenarse en el *Cómico* precisamente en la noche de la inauguración.
 —¿Y está acabada ya?
 —Me creo que sí. Lo que ellos quisieran saber es ahora si se acabará cuando se estrene.
 —¡Se acabó *La Reina Mimí*, y ya sabe usted que tenía cuarenta y dos números de música su majestad!
 —Todo tiene fin, hasta la temporada de Apolo que ha cerrado ya, tomando y dejando, ó séase tomando á Videgain, que actúa en el Gran Teatro, y dejando á José Mesejo, que pasa al nuevo en construcción que se denominará de la Gran Vía, y á Soriano y á Mihura, que quedan en la reserva por ahora. No hablemos de Joaquina Pino, incorporada á la compañía de Lara, ni de Rosario Soler, dada de baja en la *Catedral* por los canónigos Arregui y Aruej, y expulsada después ruidosamente del Pilar de Zaragoza por un penitenciario de malas pulgas. Siempre fué la Soler una tiple *destemplada*, aunque le hemos venido guardando cuidadosamente el secreto, pero en adelante ya no podrá negarlo. El *pregón de las flores* de la Pinós, en *El poeta de la vida*, nada tiene que envidiar al tan *cacareado* de doña Rosario. ¿No está usted conforme?



—En cambio, *Las Bribonas* ¡cómo las borda! ¿No está usted conforme también en esto?

—Indudablemente. Tanto brilla, que le bastará esa obra para hacer su cartel en Méjico.

—¿Y regresará pronto?

—La Soler no lo ha dicho. Sin embargo, hay un próximo suceso que precipitará su vuelta. La boda de Consuelo Mayendía, la cual, tan pronto salga casada de la iglesia embarcará para América con ventajoso contrato.

—Vamos, sí. Otro templo con el que no contaba Rosario Soler en su excursión al otro mundo...

—¡Ele!

Juan RANA



A Rueda, á quien ya habían coronado unos amigos en Albatete, lo van á coronar otra vez en la Habana.

Ya es más que Zorrilla y más que Quintana, á los que no se coronó más que una vez. Es verdad que entonces se hizo bien, y estas coronaciones hechas en el extrarradio...

Á Rueda lo veremos todavía contratado de pueblo en pueblo para que lo coronen en los festejos de Agosto.

Por ahí andan los predicadores dirigiendo sermones á la Virgen para que no triunfen los planes de Canalejas, y haciendo rogativas y novenas.

Y Canalejas, que ahora parece que está decidido á todo, dice para su casaca, cuando lee alguna de estas noticias:

—¡Fíate de la Virgen y no corras!

Decididamente esto de la aviación es un problema que aún está por resolver.

No pasa día sin que nos enteremos de que han sucumbido dos ó tres aviadores, víctimas de su ansia de volar.

Para los únicos que parece estar resuelto el caso, es para los republicanos.

Porque, ¡cuidado que han tomado alas después de su triunfo electoral!

Dice *La Época* que es preciso que sepa el país si los republicanos estiman licitos todos los caminos y si admiten el crimen como arma de combate en la política.

A lo cual han contestado los republicanos:

«El crimen no lo puede admitir, no lo admite ninguna conciencia honrada, ni como arma, ni como camino, ni como solución. El crimen lo execramos todos, y cuanto más alto y más fuerte y más poderoso sea el delincuente, cuanto más asegurada tenga la impunidad, cuantos mayores sean los medios de que disponga para realizar lo primero y para escamotear la responsabilidad después, tanto más odioso y repugnante nos parece.»

Muy bien hablado; pero ya verán ustedes cómo el diario conservador no se da por aludido, y vuelve á hacer la misma preguntita cualquier día.

¡Bendita *Época*! Qué pesada es... y de qué buena fe discute.

Se encuentra veraneando en Frascati nuestro Embajador en el Vaticano, Sr. Ojeda.

Cuando las negociaciones diplomáticas lo requieren, traslá-

dase á Roma para conferenciar con el Sr. Merry del Val; y así lo tienen ustedes, yendo y viniendo, juguete de la astucia del famoso Secretario de Estado.

Á lo mejor es interrogado el Sr. Ojeda respecto de la actitud observada en la entrevista por Merry del Val, y hay quien ha escuchado esta salida:

—¿Merry? Tan *Frascati* como de costumbre.

Don Cristobal—¡quién había de ser sino D. Cristobal de Castro!—ha declarado que entrega dos duros á la criada para la compra.

¡Qué bien se trata ese pequeño-grande-hombre!

Y qué afán el suyo de utilizar las letras de molde para hablar de sí mismo.

Enterados, y que le den á usted dos duros.

En el Gran Teatro se ha estrenado un sainete de costumbres andaluzas, titulado *El alma del querer*, de D. Pedro Pérez Fernández.

En el Cómico ya había dado á luz el Sr. Pérez Fernández otro sainete que «decía llamarse» *Á la vera del querer*.

Son dos *quereres*.

Y, la verdad, hay que cambiar el cilindro, y hay que dejar también quietos á los hermanos Quintero, á quienes han dado ustedes, los andaluces, en la flor de imitar servilmente.

Ya es bastante grave ser un Pérez Fernández. No empeore usted su situación volviendo del revés los chistes que se le ponen por delante.

Interrogado Millán Astray por los periodistas de Barcelona qué había del anunciado viaje de Lacierva á la Ciudad Condal, contestó así:

—No sé nada. Estoy loco. Hace dos días que por teléfono, por carta y en visitas particulares, no me preguntan otra cosa. Hay quien me dice desde Madrid: Le engañan á usted. Lacierva sale hoy para Barcelona. Vigile. Ahora mismo acaba de venir á verme un señor, primo hermano de la esposa de Lacierva. No me engañe usted—me ha dicho—D. Juan ha llegado, y está en el Hotel Colón. Otros me dan el número del cuarto del hotel. Otros me dicen que ayer embarcó para Palma. Me han trastornado tanto, que ya no me muevo. Espero que me traigan á Lacierva, muerto, en un ataúd... No puedo más.

Millán Astray es insaciable.

Aún no ha sanado Maura de sus heridas, y ya piensa en el cadáver de Lacierva, metido en la caja y todo, igual que si se tratara de un delicado obsequio...

Es la última palabra del atentado personal.

Facturar á la víctima, telegrafando previamente á las autoridades:

«¡Ahí va *eso*! ¡Porte pagado!

CUENTOS GALANTES

El próximo número será tan notable como los anteriores.

Contendrá varios trabajos muy interesantes y picarescos de los más reputados cuentistas, con sugestivas ilustraciones.

No se devuelven los originales.—Diríjase toda la correspondencia al Apartado de Correos, núm. 359.

IMPRENTA DE EDUARDO ARIAS, SAN LORENZO, NÚM. 5, MADRID.



—¿Te gusta esta joya, Luisa?
 —Dámela á cambio de un beso.
 —Acepto, y espérame
 Inés, que en seguida vuelvo.
 —¿A dónde vas?
 —¡Pues al *Trust*,
 á comprarte varios besos!

EL TRUST.—Puerta del Sol, 11 y 12, y Carmen, 1.



El que bebe **Rhum Negrita**,
 se pone lucido y sano,
 y habla con más elocuencia
 que el famoso Don Dalmacio.



¿Sabéis por qué Luis Morote
 se hizo de pronto monárquico?
 ¡Para lucir sus corbatas
 magnificas en Palacio!

FÁBRICA DE CORBATAS.—Mariana Pineda, 12
 (antes Capellanes).



LAS MEJORES
 Y MAS EXQUISITAS
 GALETAS
 FUERTES y SAN SEBASTIAN

¡Qué interesantes están
 las señoritas coquetas
 comiéndose unas galletas
 de Fuertes, San Sebastián!

SAN SEBASTIAN